

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN. — El catarto aura y el gallinazo, á los que podremos comprender en una misma reseña por lo muy semejantes que son sus costumbres, se encuentran en todas partes menos en las altas montañas, siempre muy numerosos: el gallinazo parece aun mas comun que el catarto aura.

Estas aves han sido observadas por tantos naturalistas distinguidos, que podemos considerarlas como muy bien conocidas: Ulloa, Azara, Humboldt, el príncipe de Wied, d'Orbigny, Tschudi, Schomburgk, Darwin, Burmeister, Gosse y Taylor han descrito las costumbres de las que habitan la América del sur; Wilson, Audubon, Nuttall y Gundlach las de las especies de la América del norte. Podríamos llenar un volúmen repitiendo todo lo que se ha dicho de ellas; pero seremos breves, con tanta mayor razón, cuanto que sus

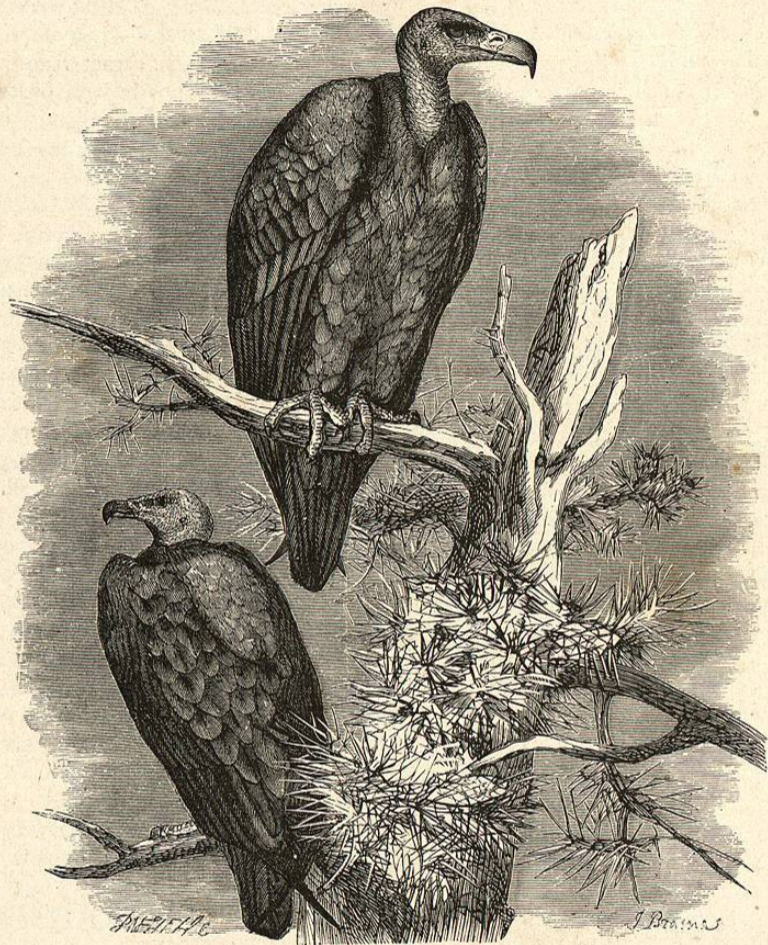


Fig. 155. — EL CATARTO AURA

llega al Perú, dice Tschudi, queda admirado al ver el gran número de vultúridos que se hallan en los caminos y en las calles, causándole asombro ver su tranquilidad al acercarse cualquiera. Lo mismo sucede en toda la América meridional, en una gran parte de la del norte y en las Antillas. Estas aves parecen saber que son necesarias, y que se las debe respetar: en todos los Estados de la América del sur son los únicos seres que se encargan del servicio de la limpieza pública; siendo los únicos que recojen las inmundicias que se arrojan continuamente á la calle. «Sin ellos, dice Tschudi, la capital del Perú sería el punto mas malsano de todo el país; la autoridad no hace absolutamente nada para conservar la limpieza de las calles; pero en cambio millares de gallinazos viven de las inmundicias que se arrojan, y son tan poco tímidos, que se les vé en el mercado de Lima, correr por en medio de la multitud mas compacta.» En la Guyana inglesa está prohibido matar un gallinazo bajo la multa de cincuenta duros; por lo mismo han llegado á ser tan familiares, que un extranjero los tomara por aves domésticas.

Muévense como los otros vultúridos: «andan, dice el príncipe de Wied, con el cuerpo recto, y se asemejan bastante á un pavo: vuelan con facilidad; ciénnense á menudo, y se remontan á veces á una gran altura; pero no necesitan lucir mucho todas sus cualidades físicas, porque es muy raro que carezcan de alimento. Cuando des-

costumbres ofrecen una gran semejanza con las de los vultúridos del antiguo continente; tienen menos temor al hombre, porque casi en todas partes se impone una fuerte multa al que mata una sola de estas rapaces, cuya mision es conservar la limpieza en las calles.

Las dos especies no son igualmente numerosas en todos los puntos, pues cada una tiene sus localidades predilectas. Segun Tschudi, el aura vive principalmente en las orillas del mar; no se le encuentra casi nunca en el interior de las tierras, mientras que el gallinazo se deja ver con mas frecuencia en las ciudades y hasta en las montañas; rara vez en la costa. Como quiera que sea, todo el que desembarca en América puede estar seguro de ver una de estas aves tan pronto como pone el pié en el continente. «El europeo que

cansan encojen el cuello entre las espaldillas y erizan el plumaje, ofreciendo entonces un aspecto bastante hediondo.»

Sus sentidos son muy delicados, pero se guian por la vista sobre todo para buscar la comida. Audubon (1), que ha practicado sobre este punto varios experimentos, ha deducido en conclusion que si á estas rapaces se las privara de la vista, morirían de hambre, pues apenas se halla en ellas desarrollado el olfato, como se ha supuesto para otros vultúridos. Buscan y encuentran su alimento como las especies que hemos descrito antes.

«Los grandes buitres negros, aura y gallinazo, dice Burmeister, que se encargan en el Brasil de quitar todas las inmundicias, se encuentran por do quiera. Si un animal cae muerto, precipítanse sobre su cadáver, veinte, treinta, cuarenta ó mas individuos; le arrancan los ojos, y esperan impacientes á que los gases que se desarrollan bajo los ardores del sol hagan estallar las paredes abdominales que se descomponen. En aquel momento se promueve un tumulto indescriptible: cada individuo se apodera de un pedazo de los intestinos, y en un instante quedan hechas pedazos y devoradas las visceras medio descompuestas. Una vez hartas las rapaces van á posarse en un árbol próximo, oprimiéndose una contra otra, y allí esperan que la putrefaccion continúe su obra y ablande bastante

(1) Audubon, *Escenas de la naturaleza en los Estados-Unidos*. Paris, 1857.

el cuerpo para poder acabar de devorarlo. Alguna de ellas, mas impaciente que las demás, y cuyo apetito no está satisfecho, trata de arrancar un nuevo pedazo de carne, royendo los bordes de una abertura; si lo consigue acuden al momento todas las demás, despedazan el cadáver una parte despues de otra, y solo dejan los huesos completamente pelados. En dos dias no quedan mas que algunos restos que sirven de pasto á las moscas.»

No siempre es necesario que la presa esté putrefacta; el aura y el gallinazo comen tambien carne fresca, al menos mientras la puedan despedazar, hecho que ha podido reconocer Audubon perfectamente despues de numerosos experimentos. Es tambien cosa averiguada que acometen y devoran á los animales vivos. «He pasado cerca de cuatro años en la América del sur, dice Schomburgk, y he podido observar á los auras durante horas y dias enteros. Los hallé rodeados de lagartos y aves, y jamás les vi acometer á un ani-

mal vivo, por lo cual me creo con derecho á poner en duda el aserto de los ornitólogos. Ante el incendio de una sábana se reúnen centenares de rapaces para cazar en su fuga á los lagartos, las serpientes y los pequeños mamíferos; pero nunca se han visto entre las mas voraces aves de rapiña á los auras ó los gallinazos. Si acometiesen realmente á los animales vivos, las negras, tan cuidadosas de sus aves domésticas, no les dejarían posarse impunemente sobre las paredes de sus corrales; la llegada de cualquiera otra rapaz basta para alarmar á todas las gallinas, y las amas no perdonan medio alguno para ponerlas en fuga.» «Sin embargo, dice Audubon, encuentran tantas oportunidades de devorar á los pequeños animales vivos en los alrededores de las grandes plantaciones, que sería absurdo suponer que no se los comen nunca.» Humboldt nos dice por otra parte: «Durante el día vagan los buitres á lo largo de la ribera, y penetran hasta los campamentos de los indios para buscar



Fig. 156. — EL CORAGIPO GALLINAZO

algo de comida; pero á menudo solo pueden aplacar su hambre cojiendo en el agua ó en las orillas pequeños crocodilos de siete á ocho pulgadas de largo. Es muy curioso ver cómo estos animales se defienden contra los buitres; apenas divisan uno, enderézanse sobre sus patas delanteras, levantan la cabeza y abren mucho la boca: siempre hacen frente á su enemigo, y le presentan de continuo sus largos y acerados dientes. Entonces, mientras que un buitre llama la atención del pequeño crocodilo, acecha otro una oportunidad para acometer al saúrio de improviso; cae sobre él, le coje por el cuello y se remonta llevándosele por los aires. Hemos observado tal espectáculo mas de una vez.»

Se ha visto tambien á los gallinazos y á los auras cautivos devorar polluelos.

El catarto aura y el coragipo gallinazo saben sacar partido de todas las circunstancias; por su osadía é impudencia son á menudo molestos para el hombre y los carniceros. El príncipe de Wied refiere que apenas resuena una detonacion, se les vé aparecer por todos los puntos del horizonte. «Apenas habíamos tirado sobre un pato ó una avecilla, dice, cuando se veían ya ocho ó diez buitres, ó mas aun, en los árboles próximos; y si nos alejábamos un instante, se les encontraba devorando la caza.» Lo mismo se conducen con el jaguar. «Cerca de Joval, refiere Humboldt, encontramos el mayor jaguar que jamás habíamos visto; estaba á la sombra de una gran mimosa y acababa de matar á un capibara; pero no le habia despedazado aun, y tenia una de sus patas apoyada sobre la presa. Los buitres se habian reunido en gran número para devorar los restos del animal, y nos divertía mucho observar su osadía mezclada de timidez. Llegaban á dos piés de distancia del carnicero; pero el menor movimiento de este les hacia retroceder al momento; para

verlo mejor, pasamos á nuestra canoa, y al ruido de los remos, levantóse el jaguar para ir á ocultarse en las breñas; los buitres quisieron aprovechar la ocasion para devorar al capibara; pero el tigre dió un salto, cojió su presa y llevóse la al bosque.»

Los catartos y los coragipos tienen tambien fama de robar los nidos; y hasta se dice que se fijan junto á ciertas aves acuáticas para tener mas fácilmente ocasion de comerse sus huevos.

Parece que al hombre le complace particularmente turbar el reposo de estos vultúridos: Schomburgk refiere que los oficiales del fuerte Joaquin se divertían en disparar cañonazos contra las aves que se hallaban reunidas, en número de trescientas á cuatrocientas, en el matadero del fuerte; á veces quedaban cuarenta ó cincuenta individuos muertos.

«Nuestros indios, añade, ataban un pedazo de carne á un anzuelo y lo arrojaban á los buitres: el mas voraz lo tragaba y quedaba cojido. Despues le cubrían los indigenas con plumas de otras aves, fijándolas con cera; cortábanle el collar, poníanle una corona sobre la cabeza y le soltaban. La rapaz iba á reunirse con sus compañeros; pero tomándole estos por un mónstruo, asustábanse, huían y no se acercaban ya hasta que se despojaba de los adornos que le habian puesto.»

Taylor refiere que se entretuvo muchas veces en arrojar á los gallinazos pieles de animales rellenas de algodón, y dice que nada era tan divertido como ver á las rapaces trabajar afanosamente para deshacer aquel maniquí. Burmeister no pudo resistir tampoco á la tentacion de atormentar un poco á las inofensivas aves.

«Causábame un singular placer, dice, molestar á estos buitres: acercábame á ellos y disparaba un tiro, y cuando huían en todas direcciones, sus alas me azotaban casi el rostro. Remontábanse por

